

practicar sus consejos, no olvidéis que a los muchachos el tiempo los hace viejos". Y otro, "Con aquel que no trabaja no juegues a la baraja". "Reuniones las de

Uno de los muleteros antiguos que vive es Antoñete - Antonio Muñoz Mendoza-, hijo de Juan de Mata "Nenes" nieto de Antonio "Nenes" el capador, porque lo era de todos los animales que tenían los Condes. Y para que no faltara nada Antoñete se casó con la Petronila de Cristóbal Piñón.

Había nacido el año 86, un año después del último cólera de Alcázar. A los once años entró en la "muletá" de don Juan Baíllo, aquel mozo viejo, campesino, cuya muerte sonó tanto por lo inmenso de su fortuna como su vida por la magnitud de su mezquindad.

Antoñete, fue al Silo de las Doblillas, finca enclavada entre Villarta y Arenas y desde el primer momento al grupo de los yegüeros, que eran cuatro y no tenían más que un chozo para guarecerse. Entró ganando 30 reales al mes, 12 fanegas de candeal al año y la comida, que era de una gran monotonía: pan y cebolla, pan y ajos, migas, gachas o ajo de patatas y agua a discreción.

La vida era sana y sosegada pero Antonio medró poco y pudo librarse del servicio por corto de talla, con tan buena salud que todavía le sobra, pues su escasa alzada es por factores constitucionales, bien percibidos por la gente que empezó a llamarle Antoñete desde chiquitín y se lo seguirá llamando hasta que se muera de viejo, pues ya cuenta 78 abriles, porque nació en Mayo, el día 10. A los cinco años de oficio lo hicieron zagal y le subieron 10 reales, ganando 40 al mes y a los 27 años le subieron a 100 reales mensuales.

Las obligaciones eran similares en todas las categorías, con las variaciones propias de la edad y el conocimiento; estar al cargo de unas ochenta y tantas yeguas de vientre y la mitad aproximada de muletos, conduciéndolos en la forma

tu casa y fiestas las de tu pueblo". "El que no come tortas ni mata puercos, estará entre los vivos pero está muerto".

más adecuada para su reproducción y crianza, en la cual encontraron su fundamento los conocimientos empíricos de los pastores, tantas veces extendidos a la especie humana y en ocasiones con resonancia y acatamiento general, dicho sea con el debido respeto al "homo sapiens", pero el pastor no solamente curandeaba con honor sino que trasladaba a la Villa y a su propia vida las observaciones que hacía en los animales y las propagaba entre las personas de su confianza con aire de suficiencia que le daba preponderancia ante los demás y que era uno de los fundamentos del rumbo pastoril y de su atracción entre el mocerío.

Todo el ganado que manejaban era cerril, salvo el que utilizaban en su propio servicio que era domado por ellos. Al cerril le imponían desde el destete ciertos hábitos que permitieran manejarlo, como el de amanearlo diariamente y tenerles un ramal al pescuezo para sujetarlos, pues en la época del celo y en la paridera se exalta su ferocidad peligrosamente, cosa que en un hato de animales dedicados a la crianza es primordial y no debe sorprender que se agudice en ello la intuición de sus cuidadores y distingan los más mínimos detalles de los instintos de los animales.

La yegua parida es cubierta a los nueve días y por lo general se queda, dice el "périto"